

LIBROS

Contra la Medicina del médico

El doctor José Antonio Valtueña acaba de recoger en un libro (Ediciones de Bolsillo. Barral Editores) una selección de sus artículos periodísticos, en buena parte aparecidos en TRIUNFO. Nuestro director, José Angel Excurra, ha prologado el volumen con el texto que a continuación reproducimos.

Este libro, si fuese descrito de la forma somera y precipitada al uso en algunos catálogos, parecería como la compilación de una serie de trabajos originales del doctor J. A. Valtueña publicados en su mayor parte como colaboración regular en las páginas de la revista española TRIUNFO a lo largo de los tres últimos años. Lo que, realmente, le prestaría el implícito interés que conlleva la personalidad científica del autor, cuya labor profesional se desarrolla en el prestigioso marco internacional de la Organización Mundial de la Salud, en Ginebra, y el crédito de que goza la revista en la que aquél colabora en temas de su especialidad. Pero, no obstante, este libro trasciende ese interés para cumplir un objetivo de superior ambición: el del documento de nuestro tiempo. Primordialmente, por abarcar uno de los temas cardinales que, con la libertad, el medio ambiente, el trabajo, la enseñanza y la vivienda —y entroncados todos ellos entre sí—, tiene por resolver satisfactoriamente el ser humano de este tiempo: la salud colectiva. Un tema capital de un tiempo crítico.

No parece temerario admitir, como hipótesis aceptable, que históricamente nos hallamos en el umbral de una nueva época, inmersos en las turbulencias que no pudieron resolver las dos grandes conflagraciones del siglo XX que, por el contrario, las agravaron hasta extremos críticos que empiezan a ser calificados seriamente de irreversibles. Bien es cierto que el catastrofis-

mo emerge de tanto en tanto desde lo profundo de la conciencia colectiva y no es totalmente coyuntural acordarse de que un milenio va a doblar su cabo, aun teniendo en cuenta la convencionalidad de la estricta cronología. Pero también es cierto que los avances tecnológicos de las tres últimas décadas sobrepasan las mediciones habituales en valores constantes —que dirían los economistas— para contabilizarse en unidades-siglo, mientras el contenido moral, el componente ético de lo que llamamos civilización, ha avanzado muy lentamente durante centurias. Que sociedades opulentas que significan escasas porciones de la población mundial derrochan bienes, agotan materias primas y destrozan el equilibrio de la Naturaleza, mientras zonas extensas de la humanidad subsisten precariamente sometidas al injusto y cruel lazaro de la marginación histórica. Es la gran contradicción hacia cuya síntesis resolutive, en términos de superación dialéctica, apunta el devenir histórico con inequívoco signo social.

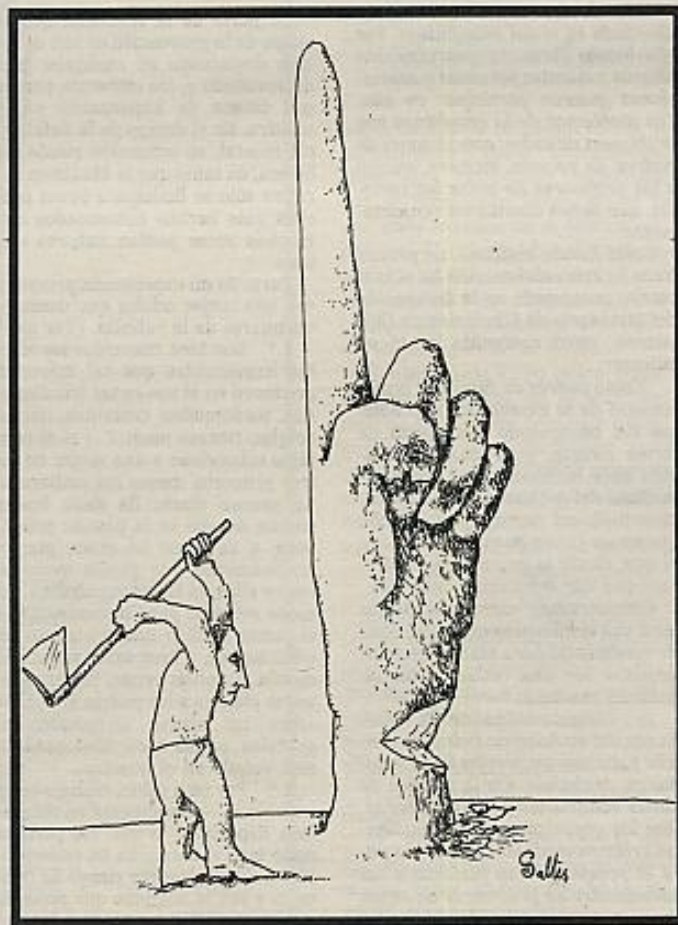
Precisamente, de entre las ciencias puras o aplicadas, es la Medicina, y con preferencia el vasto campo de su actual aplica-

ción pública: la sanidad, donde se advierten con esperanzadora abundancia señales de que el intento de alcanzar aquella síntesis resolutive se pone en marcha. Es un caminar todavía indeciso, la mayor parte de las veces en solitario y casi siempre hostigado y obstaculizado por fuerzas que, en forma de tabúes, supersticiones e incompresiones, intentan detenerlo o, al menos, demorarlo. Porque, entre otras poderosas razones, su denuncia es la más ostensible, la que puede demostrar con argumentos tan primarios y contundentes como la enfermedad y la muerte, las causas inmediatas que conducen a su generalización desorbitada, al cruel desgarramiento social de masas indefensas que reiterada e irremisiblemente son sus víctimas por la elemental y tozuda circunstancia del simple lugar del nacimiento de sus individuos.

El mundo —un grupo de naciones tan sólo— que hemos convenido en denominar civilizado, se polariza aceleradamente hacia dos puntos de atracción en función de antagonicos sistemas políticos, económicos y sociales que coexisten sólo por la rotun-

da razón de que va en ello la supervivencia global. Un mundo "civilizado" en el que sus componentes son culpables —en distintos grados y en diferentes circunstancias de acción, omisión o impotencia histórica— de mantener, cuando no de acentuar, compulsivamente a una vasta porción del planeta en estado de atroz indigencia. Y a lo que aún se añade, en términos ya de sarcasmo, el caso hipócrita de naciones componentes de ese mismo mundo "civilizado" y dilapidador que albergan dentro de sí zonas importantes de su propia población en situación próxima a la de aquel mundo marginado. Pero en este desolador panorama, hombres del campo de la medicina con sentido humanitario y pragmático a la vez, han escogido una valiosa senda para avanzar con vocación superadora de la gran contradicción. Sus pasos son todos hacia adelante y los que marchan aumentan en número. Esa senda atraviesa fronteras, trasciende campos antagonicos y consigue homogeneizar lo hasta ahora heterogéneo. Y así se erradican endemias, se coordinan y fomentan investigaciones, se programan planes preventivos, se instruye a Gobiernos y se plantean en sus verdaderas dimensiones los graves problemas que, en materia de salud colectiva, la humanidad entera ha de resolver: demografías galopantes, planificación familiar, asistencia sanitaria, educación sexual, mortalidad infantil, etc.

A esta esperanzadora acción de proyección mundial ha contribuido la adecuada utilización de los medios de comunicación que, si tecnológicamente han avanzado prodigiosamente, siguen aplicándose en gran medida en términos de alienación —consumismo, nacionalismo, discriminación— cuando están sometidos como fuente de lucro a la propiedad privada o como instrumento coercitivo de poder si los controlan oligarquías políticas. Al ser utilizados debidamente, en función primordial de las necesidades o conveniencias colectivas, los medios de comunicación en general y los de comunicación social en particular contribuyen vigorosamente a la acentuación del fenómeno de la aceleración histórica, vía rápida que debe ser aprovechada precisamente para contrarrestar, o siquiera aminorar, los enormes desajustes que soporta la huma-



nidad. Sin embargo —y de ello es buena prueba lo conseguido hasta hoy en el campo de la sanidad—, los beneficios que esta tecnología avanzada ha puesto al servicio de la comunicación social van abriendo brecha —palabra a palabra, línea a línea, imagen a imagen— en la intolerancia, en los intereses privados, en las ideologías regresivas.

A las críticas circunstancias del mundo y de la ciencia de hoy, a la gran contradicción histórica que deben superar, se nos superpone a nosotros los españoles la propia y peculiar coyuntura histórica y, también, nuestras características contradicciones. Los españoles, por obvias razones, hemos quedado lejos del promedio que muestra nuestro entorno cultural y geográfico. Por lo tanto, a los esfuerzos que nos corresponde realizar como componentes de ese mundo de hoy, del que somos tributarios, habremos de sumar los que nos impone nuestra condición de ciudadanos españoles. Empresa ardua y comprometida, pero insoslayable éticamente.

En esta concreta circunstancia nuestra, doblemente crítica, la sanidad española aparece como uno de los grandes problemas acumulados. En las propias páginas de TRIUNFO quedan huellas indelebles de su complejidad, de su gravedad y de la angustiosa urgencia de su resolución. La transformación de la sanidad española habrá de plantearse a la medida de una sociedad democrática en la que el pueblo conviva justa y fraternalmente, y tendrá que hacerse a partir de médicos cuya rigurosa propuesta ético-profesional se dirija hacia una actuación predominantemente social.

Este libro, lúcido exponente de los problemas sanitarios de nuestro tiempo, fructífera llamada a la conciencia colectiva sobre la gran tarea de la salud pública, descubre en su autor —que se enfrentó con los problemas sanitarios de la emigración, que dirigió cursillos en la Universidad Obrera de Ginebra, que escribe con la certeza de que hay un amplio sector de la población interesado por las relaciones entre la sanidad y el medio cultural y social— a uno de esos hombres con los que nuestro pueblo cuenta para ese día ya cercano en el que recobre su soberanía, su legitimidad y el pleno derecho de ciudadanía. ■ JOSE ANGEL EZCURRA.

Literatura y política

¿QUIEN POLITIZA A QUIEN?

NO es infrecuente, en estos últimos tiempos, oír la cantinela de que la izquierda española —llamando izquierda, para entendernos, a una gama de la oposición que va desde la Izquierda Democrática a los comunistas— viene politizando los homenajes a grandes figuras de nuestra poesía, como Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Y esta cantinela no se oye sólo a la derecha. Escritores de izquierda, a los que admiramos y queremos, se quejan también, severamente, de esa politización, que juzgan una manipulación interesada contra la que aquellos grandes poetas no pueden protestar desde su tumba. Hay que respetar esta actitud, sin duda sincera y legítima, pero yo confieso que no la comparto. Cuando se habla de la confusión entre literatura y política, hay que partir siempre de un hecho que a veces se olvida, y es que en este país, durante cuarenta años de dictadura, no existió la política como normal actividad ciudadana, al ser sustituida por el poder omnímodo de un dictador. Como la política legítima estaba prohibida, más aún, era un delito, ¿cómo extrañarse de que la izquierda procurase politizar todo lo politizable? Era la respuesta

a la represión cultural del Régimen, a la concienzuda operación de lavado de cerebro llevada a cabo a través de la televisión, la radio y el fútbol, y a la decisión desde el poder de recordar cada año a los vencidos en la guerra civil que hubo una victoria, y que los vencedores no lo olvidaban, como lo demuestra el hecho de que se mantuviera el llamado —¿hasta cuándo?— Desfile de la Victoria.

Pero al perder fuerza la dictadura en los últimos años, era natural que todo comenzara a politizarse rápidamente, porque el vacío, que seguía —que sigue— existiendo de la política normal, llevaba a la oposición a buscar todas las ocasiones para politizar al pueblo, que hasta entonces había sido desposeído —y sigue estándolo— con alevosía y allanamiento de morada, de toda conciencia de sus derechos humanos y políticos. Para que el pueblo los olvidase, había una segura droga: televisión y fútbol.

La acusación de politizar los homenajes a los poetas parece exigir una cierta matización. En el caso de los tres grandes poetas citados es perfectamente legítimo ver en ellos el símbolo de una España vencida, humillada, herida y destruida por los vencedores de la guerra civil, quienes —como escribió Unamuno a un amigo

desde Salamanca un mes antes de morir— utilizaron para el pretexto o el supuesto fin de salvar la civilización occidental cristiana "métodos de terror que no eran ni civilizados, ni occidentales ni cristianos". No se explica, si no se admite ese símbolo, que los homenajes a esos poetas continúen siendo en este país homenajes conflictivos y con frecuencia prohibidos o limitados a media hora de duración —como el reciente homenaje a García

Lorca en Fuentevaqueros—; limitación, digámoslo de pasada, que es una vergüenza y un ludibrio para la memoria del poeta. Como dijo Manuel Montesinos, sobrino de Federico, en su intervención: "Después de cuarenta años de silencio sobre el crimen, sólo media hora de homenaje".

Por otra parte, ¿es politizar a Machado recordar que estuvo siempre con el pueblo, y al lado de la República en la guerra civil? ¿recordar que en 1915 escribía a Unamuno desde Baeza: "Hay que hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y el pan, promover la revolución, no desde arriba ni desde abajo, sino desde todas partes"? ¿recordar que en 1937, en Valencia, declaró que aunque él no era

marxista, veía con claridad que el socialismo, "en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase", es una etapa inexcusable en el camino de la justicia? ¿Es acaso politizar a Miguel Hernández recordar que luchó en el ejército de los vencidos en la guerra civil, que por ese hecho fue condenado a muerte y que se le dejó morir lentamente en una cárcel? ¿Es politizar a García Lorca recordar que fue asesinado en Granada, como tantos miles de republicanos y socialistas? ¿recordar que, aunque no perteneció a ningún partido político, sus simpatías iban al pueblo, cuya causa era defendida por la izquierda, y que cuando había que firmar manifiestos firmaba los de la izquierda y no los de la derecha?

Si eso es politizar a Machado, a Hernández, a Lorca, será poco probable que dejen de ser politizados los homenajes que se les hagan, mientras no haya democracia real en España, mientras no exista una total libertad de expresión. Cuando tal suceda, y el status de vencidos sea sólo un recuerdo histórico, la politización de los homenajes a aquellos poetas no encontrará el eco que ahora encuentra. ■ JOSE LUIS CANO.



García Lorca (1933).